

## **Democracia ateniense y democracia moderna: últimas derivaciones de un debate añejo\***

CÉSAR FORNIS  
*Universidad de Sevilla*

Si dos cosas hemos aprendido de Domingo Plácido en estas dos décadas de fecunda relación, al menos para quien escribe, una es la importancia prístina, sustancial, de las fuentes antiguas, la otra la carga ideológica, a veces sibilina, de los argumentos. Es esta segunda, que hace que ningún relato sea inocente, la que tomaremos como base para una contribución que sirva de tributo a uno de los escasos profesores que puede ser calificado ya no sólo de humanista, sino de pensador, esto es, de persona «que piensa, medita o reflexiona con intensidad y eficacia», según la definición de la RAE. En un principio habíamos considerado ponerla en práctica con Esparta, el estado griego que, por encima incluso de Atenas, ha dejado mayor impronta, mayores secuelas en el pensamiento occidental, ya sea para fascinar, ya para abominar, pero como el propio Domingo ha declarado sentirse escasamente atraído «por la historia de las entidades inmovilistas»<sup>1</sup>, y en cambio ha escrutado incesantemente la sociedad ateniense con el espíritu crítico del historiador que no puede, ni quiere, sustraerse a la época en la que vive, es de Atenas de la que nos vamos a ocupar, para plasmar, en un esfuerzo de síntesis, las últimas ramificaciones del sempiterno debate historiográfico e ideológico entre democracia antigua —en realidad, democracia ateniense, que es la única que conocemos mínimamente— y democracia moderna, en particular la norteamericana.

\* El presente trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación HUM2007-61213, del que es igualmente miembro Domingo Plácido.

<sup>1</sup> En el prólogo (p. 9) a C. Fornis, *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, Crítica, 2003.

En nuestros días la democracia, forma de gobierno denostada y condenada hasta hace relativamente bien poco, apenas un siglo, es sin duda el régimen político más valorado, en el que prácticamente todo el mundo dice creer y dice profesar, hasta el punto de que ningún estado o partido, ni siquiera los más dictatoriales, duda en colgarse la etiqueta de democrático, haciendo bueno el aforismo de George Orwell de que «los defensores de todo tipo de régimen se complacen en decir que el suyo es una democracia». E inefablemente en la búsqueda de las raíces de las democracias contemporáneas se ha mirado a la antigua Grecia, como por ejemplo en el preámbulo de la Constitución europea (2003), que se reviste de helenismo con la definición que, según Tucídides (II 37), Pericles hizo del gobierno de Atenas en su epitafio por los caídos en el primer año de la guerra del Peloponeso<sup>2</sup>.

Hace casi cuarenta años desde que Moses Finley dio unas conferencias en la Universidad de Rutgers, en New Jersey<sup>3</sup>, de la que se le había expulsado durante el Macarthismo, en las que denunciaba la utilización falaz del modelo ateniense para preconizar una democracia en la que las decisiones reales son tomadas por una minoría de expertos o especialistas, mientras la muchedumbre permanece apática y se limita a introducir su voto en la urna cada cuatro años; en realidad la *apragmosýne* o «falta de actividad» fue un argumento, un recurso de los opositores al gobierno del pueblo para no participar, para no contribuir a la *polypragmosýne* o «exceso de actividad» que caracterizaba a la democracia radical e imperial, en las mismas voces que censuraban que el poder estuviera en manos de una masa voluble, caprichosa e ignorante, acéfala, en suma, los que veían la democracia como una oclocracia.

Aunque Finley se quejaba en el prefacio de ese libro de que el discurso que relacionaba la experiencia antigua con la teoría de la democracia había caído en desuso, desde entonces las reflexiones y comparaciones entre democracia antigua y democracia moderna han sido constantes, sobre todo en los Estados Unidos. Obviamente la diferencia que salta a la vista es que en el mundo griego antiguo la democracia era directa, mientras que en el actual,

<sup>2</sup> Véase el primer capítulo de L. Canfora, *La democrazia. Storia di un'ideologia*, Roma, 2004 (hay traducción española: *Democracia. Historia de una ideología*, Barcelona, Crítica, 2004).

<sup>3</sup> Las conferencias fueron publicadas por dicha Universidad como *Democracy Ancient and Modern*, London, 1973 (hay traducción española: *Vieja y nueva democracia y otros ensayos*, Barcelona, Ariel, 1980), donde por cierto, en tono conciliador, interpreta el apoyo popular al senador republicano por Wisconsin «antes un esfuerzo malentendido por defender los ideales democráticos americanos que no un rechazo de los mismos».

debido a la extensión geográfica y al número de habitantes, es representativa, aunque se ha dicho que las nuevas tecnologías —primero la televisión por cable (la llamada «teledemocracia») y luego Internet— podrían ser herramientas «para consultar al pueblo, para que se propongan o ratifiquen cosas»<sup>4</sup>; en este sentido, si en nuestro país el Partido Popular español ha propuesto recientemente que se debatan en la Red los anteproyectos de ley, como un medio de estimular la participación de los ciudadanos<sup>5</sup>, en Dinamarca una Universidad sugirió un modelo de democracia directa que descansaba en una «segunda cámara electrónica», en la que setenta mil daneses elegidos por sorteo cada año votarían desde sus casas los proyectos políticos más importantes<sup>6</sup>.

Al margen de este problema de inadecuación territorial y demográfica entre la *pólis* griega clásica y los estados modernos, en el marco de este debate se han elevado voces que afirmaban que Atenas nunca fue suficientemente democrática, dado que quedaban fuera del cuerpo cívico mujeres, niños, inmigrantes y esclavos, y también porque los atenienses impusieron un dominio imperial, opresivo, sobre otras ciudades. Quienes han defendido con vigor la naturaleza democrática de su régimen han explicado que estas exclusiones eran la norma entre las culturas de su tiempo, no la excepción (baste recordar que la mujer no pudo ejercer su derecho a voto hasta pleno siglo XX y que los menores de edad continúan sin hacerlo, por no hablar de la esclavitud, que aunque se fue aboliendo jurídicamente a lo largo del XIX en tanto esclavitud mercancia, continúa con nosotros, como fenómeno social y económico, de manera más o menos larvada e «invisible» en no pocos lugares de nuestro planeta), y que Atenas se mostró más efectiva en garantizar la participación efectiva, directa, de los ciudadanos que las democracias representativas del mundo actual.

Existe incluso una corriente que niega que los atenienses tuvieran un interés ideológico en la democracia y, consecuentemente, que pretendieran promoverla de manera consciente; en lugar de una *demokratía*, Atenas sería una república que habría alcanzado «el gobierno de la ley», sobre todo en el siglo IV, como postulan Martin Ostwald y Raphael Sealey<sup>7</sup>. Pero ésta resulta más

<sup>4</sup> F.C. Arterton, *Teledemocracy: Can Technology Protect Democracy?*, Washington, 1987; P. Vidal-Naquet, en *Démocratie, citoyenneté et héritage gréco-romain*, Paris, 2000, 20 (de donde se extrae la cita).

<sup>5</sup> Información aparecida en el diario *El Mundo* de 11/3/2009.

<sup>6</sup> M.H. Hansen, «The Tradition of Ancient Greek Democracy and its Importance for Modern Democracy», *Historik-filosofiske Meddelelser* 93, 2005, 54-55.

<sup>7</sup> M. Ostwald, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of Law*, Berkeley, 1986; R. Sealey, *The Athenian Republic. Democracy or the Rule of Law?*, University Park, 1987.

bien una cuestión bizantina o un falso debate, porque se trata de una aproximación a la sociedad ateniense basada exclusivamente en el funcionamiento institucional y quizá en el abuso de una terminología jurídica propia de los tribunales atenienses. Por ello ha sido criticada con dureza, por ejemplo por Josiah Ober<sup>8</sup>, que defiende que la democracia fue un logro voluntario y consciente de un *dêmos* activo y que, por lo tanto, existió en Atenas «a genuine popular sovereignty», por encima de cualquier hegemonía ideológica de la «leisure class»; claro que el politólogo norteamericano, que aseguraba realizar «a radical approach to classical history» al hacer uso de la historia de las mentalidades y de la moderna teoría literaria, quizá se exceda al pensar que en todo momento este *dêmos* no sólo no era conducido por una elite de lo que hoy llamaríamos políticos —entonces rétores—, sino que era la multitud la que los conducía y empujaba. En una recopilación de artículos publicados con anterioridad, Ober subrayaba la noción de colectivismo, de esfuerzo (y de sacrificio) común de los atenienses —incluidos metecos, mujeres y esclavos—, que les permitió «sobrevivir» a todo tipo de traumas y conflictos<sup>9</sup>. En esta misma línea de destacar el nivel organizativo de los atenienses, de «organizar el capital humano a través de la práctica de la ciudadanía», Ober ha señalado, junto con Brook Manville, que puede ser un ejemplo para unos *managers* empresariales que piensan en empleados más que en ciudadanos y que deberían replantearse su sistema de valores, su noción de liderazgo y la estructura de las organizaciones que presiden<sup>10</sup>. En su trabajo más reciente, Ober vuelve a insistir en las útiles lecciones que la bien engrasada maquinaria democrática en Atenas puede dar —en esta ocasión en combinación con aportaciones provenientes de la economía y de las ciencias políticas— a unos Estados Unidos muy preocupados en estos últimos años por el establecimiento y la consolidación de regímenes y estructuras democráticas allende sus fronteras acerca de la ampliación y distribución de conocimiento entre los ciudadanos como base para la prosperidad y la seguridad<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> Notablemente en *Mass and Elite in Democratic Athens*, Princeton, 1989, así como en los ensayos recogidos en *The Athenian Revolution*, Princeton, 1996.

<sup>9</sup> *Athenian Legacies. Essays on the Politics of Going On Together*, Princeton, 2005.

<sup>10</sup> *A Company of Citizens. What the World's First Democracy Teaches Leaders about Creating Great Organizations*, Boston, 2003. No deja de resultar significativo que, aunque profesor de Clásicas e Historia Antigua, Brook Manville sea Director de Gestión del Conocimiento en McKinsey and Company, en Nueva York.

<sup>11</sup> *Democracy and Knowledge. Innovation and Learning in Classical Athens*, Princeton, 2008.

Pero sin duda este longevo debate entre democracia antigua y moderna alcanza un punto de inflexión con las celebraciones del 2.500 aniversario de las reformas de Clístenes entre 1993 y 1994 por parte de las democracias occidentales —fundamentalmente en el ámbito anglosajón, con algún titular periodístico que clamaba «we are all Greeks now»—, plasmadas en un rosario de congresos y publicaciones que escudriñaban, bajo distintos intereses y ópticas, las raíces del régimen político que predomina en la actualidad. De entre ellas, quizá la que ha gozado de más difusión ha sido la serie de artículos publicados por la revista *History Today* a finales de 1993 y en la primera mitad de 1994 a cargo de especialistas de reconocido prestigio como Paul Cartledge, Mogens Herman Hansen, Barry Strauss, Edith Hall, François Hartog, el ya mencionado Josiah Ober o Dimitris Kyratatas, que intentaban hacer comprensible para el gran público la significación de las reformas clistélicas y cuál había sido el legado de la democracia ateniense.

Igual de conmemorativo, pero sin tanta alharaca mediática y más ceñido a la comunidad científica especializada, es el volumen *Venticinque secoli dopo l'invenzione della Democrazia* (Paestum, 1998)<sup>12</sup>. Tras una introducción de Jean-Pierre Vernant en la que enfrentaba a Clístenes con dos «rivales» (Teseo y Solón) que en las tradiciones áticas le disputan el papel fundacional de lo que sólo posteriormente se denominará *demokratia*, los participantes hablaron por supuesto de este régimen, pero también de los binomios libertad/esclavitud e igualdad/desigualdad, antiguas y contemporáneas, y no sólo con la experiencia ateniense como punto de partida, pues se exploró también la democracia en Magna Grecia y Siracusa (M. Lombardo y M. Giangiulio, respectivamente) y hubo quien rebasó los límites de la *Helleniké* (Bruno d'Agostino, sobre los etruscos, y Filippo Coarelli, sobre los *Comitia* de la Roma republicana). Singular fue la aportación de Athanasios Kalpaxis (en griego, con resumen en italiano), porque nos acerca a su propio país, al estado griego moderno, que él ve presa de contradicciones a la hora de tratar temas sensibles como los conceptos de Arqueología («ciencia étnica», entendida como «un deber patriótico», mas paradójicamente impulsada y consolidada por alemanes en suelo griego) y de democracia (modelada sobre la ateniense del siglo V, aunque únicamente hasta el momento en que el estado griego moderno y sus fronteras fue reconocido y sancionado por las potencias internacionales).

<sup>12</sup> Recogía las intervenciones presentadas por un selecto grupo de estudiosos europeos congregateados por la Fondazione Paestum en tan emblemático lugar del 12 al 14 de octubre de 1994.

La efemérides, ya en un ámbito estrictamente académico, se celebra con un encuentro mantenido entre historiadores, arqueólogos y clasicistas en el Center for Hellenic Studies de Washington, del que nacerá el libro coeditado por Ian Morris y Kurt Raaflaub, *Democracy 2500? Questions and Challenges* (Dubuque, 1997), que intenta ante todo ser argumentativo, reflejar las acaloradas discusiones y las incesantes respuestas de los estudiosos a cada intervención de un colega, si bien la cuestión del «presentismo y la democracia ateniense» queda confinada prácticamente a la introducción y al ensayo de Barry Strauss, sobre todo porque revisa las genealogías —léase ideologías— alternativas de la democracia, pero al mismo tiempo calibra si las consecuencias sociales de la democracia han sido infravaloradas con respecto a las políticas. En la primera de las dos partes en que se divide la obra distintos autores argumentan en favor de distintas fechas como hitos de emergencia de la democracia ateniense: además de la canónica de 508/7, sancionada por Grote, se postulan 594, 462 o incluso, según Walter Eder, finales del siglo V, con una democracia *in the making* que no termina de establecerse hasta principios del IV; en la segunda parte se exploran las manifestaciones culturales atenienses (drama, poesía, cultos, arte), sin que los autores perciban en ninguno de estos jalones cronológicos claras rupturas o cambios que testimonien la aparición de una ideología que pueda llamarse democrática. Ante tales resultados, a la pregunta obvia de si es un error conmemorar entonces los acontecimientos que tuvieron lugar en la Atenas de 508/7 se responde que no, porque «las reformas de Clístenes no comenzaron un camino hacia la democracia moderna, sino que fueron parte (causa o síntoma) de una transformación masiva que tuvo, y tiene aún, una inmensa significación histórica».

Otra de estas publicaciones adoptó el, cuando menos llamativo, título de *Athenian Political Thought and the Reconstruction of American Thought*<sup>13</sup>, cuyos coeditores ya en la introducción hablan de una crisis de identidad nacional —incluso en un momento en que la democracia abanderada por los Estados Unidos se abría camino en Europa Oriental, Sudáfrica y China— y de que su política «is in danger of becoming the preserve of postmodern kings and priests, of professors, professionals, and media mavens, and not the subject of widespread public debate», siendo posible, dicen, que se llegue a revertir el proceso democrático que distinguió el desarrollo político ateniense. Y todo ello porque, como Rhodes subrayó claramente en una reseña crítica<sup>14</sup>,

<sup>13</sup> Ithaca, 1994, coeditado por J.P. Euben, J.R. Wallach y J. Ober.

<sup>14</sup> *CR* 45.2, 1995, 317-318.

el volumen se construye en función de «an agenda in the present-day USA». En la primera de las tres secciones en que se vertebra la obra encontramos el artículo de Sheldon Wolin<sup>15</sup>, donde explica su punto de vista de que las democracias modernas «domesticar» nuestro recuerdo de la democracia antigua por el riesgo que ésta tiene —por su carácter revolucionario, «violador» de Constituciones— para la estabilidad constitucional y el poder de las elites; por su parte, Ellen Wood<sup>16</sup> revela la dualidad —y ambigüedad— de «ancestros» de la moderna concepción de la democracia: el propiamente ateniense y el liberal victoriano de George Grote y Stuart Mill, de los cuales sólo este último sería compatible con las relaciones sociales capitalistas, mientras que la memoria del primero puede, según la autora, promover una crítica del capitalismo. Algo más atrás, al siglo XVIII, se remonta Jennifer Roberts<sup>17</sup> para resaltar que los pioneros del republicanismo americano, temerosos de los demócratas contemporáneos, dibujaron un retrato más bien negativo de la democracia antigua, peligrosa para la estabilidad y el derecho de propiedad, hasta que esta imagen se fue mitigando conforme el nuevo Estado conoció tiempos más tranquilos.

El último apartado agrupa igualmente ensayos que contrastan textos y perspectivas de la democracia ateniense con paradigmas críticos o establecidos de la América actual, muy en particular el fenómeno de la exclusión (mujeres, esclavos, extranjeros); así, por ejemplo, Strauss<sup>18</sup> expone cómo el mito-ideología homogeiniza y armoniza las desigualdades, eliminando el estatus privilegiado de un determinado grupo cultural, mientras Warren and Ann Lane<sup>19</sup> arguyen que el enfoque hostil del feminismo hacia la posición de degradación de la mujer que transpira de los textos atenienses proviene en buena medida del contexto ideológico del liberalismo; los tres coinciden en que la práctica y el discurso ateniense puede ser una ayuda positiva para repensar o renovar la presente sociedad democrática, lo que no es compartido en cambio por un Charles Hedrick<sup>20</sup> para quien los valores democráticos de Atenas no son positivos, pues se imponen por —y a través de— la dominación.

<sup>15</sup> «Norm and Form: The Constitutionalizing of Democracy», 29-58.

<sup>16</sup> «Democracy: An Idea of Ambiguous Ancestry», 59-80.

<sup>17</sup> «The Creation of a Legacy: A Manufactured Crisis in Eighteenth-Century Thought», 81-102.

<sup>18</sup> «The Melting Pot, the Mosaic, and the Agora», 252-264.

<sup>19</sup> «Athenian Political Thought and the Feminist Politics of Poiesis and Praxis», 265-288.

<sup>20</sup> «The Zero Degree of Society: Aristotle and the Athenian Citizen», 289-318.

También en relación con el proyecto denominado *Democracy 2500*, durante la primavera de 1993 se desarrollaron en la Universidad de Georgetown en Washington D.C. «conversaciones» entre democracia antigua y moderna (una vez más, estadounidense, con constantes referencias a su Constitución y enmiendas, así como a la Declaración de Derechos), luego trasladadas al correspondiente volumen coeditado por J. Ober y C. Hedrick<sup>21</sup>, que se organizaron originalmente en seis secciones (democracia, libertad, igualdad, ley, ciudadanía y educación) con el loable objetivo compartido de «revelar y explicar significativas tensiones y contradicciones desde dentro de los valores o ideologías y las prácticas que crearon, conformaron, sustentaron y amenazaron la vida democrática clásica». Porque, a diferencia del libro citado en el párrafo anterior, con el que comparte varios de los intervinientes, en éste la preocupación por los problemas actuales de USA salpica, pero no inunda, la gran mayoría de los trabajos.

Presagiando ya estos fastos, M.H. Hansen planteaba en un artículo en la revista *Greece & Rome*<sup>22</sup> en qué medida Atenas no sólo había sido una «escuela para Grecia», como Tucídides (II 41.1) pone en boca de Pericles, sino también «para el sistema político y la ideología universalmente aceptada hoy en el mundo occidental», para lo cual en primer lugar trazaba la suerte que mereció la democracia ateniense en el pensamiento moderno desde la Ilustración hasta nuestros días, y después discutía posibles paralelos con democracias directas (compara la *Ekklesia* con la *Landsgemeinde* suiza y la *Town Meeting* de las colonias inglesas en Norteamérica) y con democracias modernas, representativas, para concluir, como en su ensayo para el citado congreso de Washington, que no existe una línea o tradición directa, continuada, entre unas y otras.

También como vanguardia de estas publicaciones conmemorativas se sitúa la obra coordinada por el profesor de Teoría Política John Dunn<sup>23</sup>, que sin embargo no alberga la pretensión real de comparar, contrastar o tomar como referencia la democracia ateniense clásica (tanto la práctica, recreada por S. Hornblower, como la teórica, la percibida por sus opositores, a cargo de C. Farrar) con respecto a subsecuentes maneras de entender esta clase de ordenamiento político en contextos y movimientos históricos e ideológicos muy

<sup>21</sup> *Dēmokratia. A Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton, 1996.

<sup>22</sup> «The Tradition of the Athenian Democracy A.D. 1750-1990», *G&R* 39.1, 1992, 14-30.

<sup>23</sup> *Democracy. The Unfinished Journey, 508 B.C. to A.D. 1993*, New York, 1992 (hay traducción española: *Democracia. El viaje inacabado, 508 a.C.-1993 d.C.*, Barcelona, Tusquets, 1995).

diferentes (las ciudades-república italianas, las revoluciones norteamericana y francesa, el marxismo-leninismo, el feminismo, el liberalismo).

Por las mismas fechas, Paul A. Rahe, profesor de la Universidad de Tulsa, componía el retrato de una Atenas caracterizada de «illiberal democracy» (es el título del capítulo 7), de falsa democracia que arropa «una mera extensión de la clase gobernante», en la que el comercio quedaba en manos de metecos para que los ciudadanos se concentrasen «en los intereses públicos, la guerra y el honor, igual que en otras partes», lo cual la asemeja, más que la diferencia, a una Esparta a la que ve más triunfal constitucionalmente<sup>24</sup>. Esta vía de pensamiento tiene ciertamente una larga tradición —el propio Rahe reconoce su deuda con Tocqueville y su comprensión de las democracias antiguas como «aristocracies of masters»<sup>25</sup>—, pero, como sentenciaba Canfora en su alocución en el congreso de Paestum<sup>26</sup>, atiende en exclusividad «al punto de vista jurídico, a la relación entre ciudadanía y acceso a la política», en la que se hace sumamente difícil advertir diferencias entre los estados griegos.

La democracia griega, acompañada de los inevitables temas de la libertad y la igualdad (de los antiguos y de los modernos), pero también de su imaginario político y religioso, tiene una nada desdeñable presencia en la obra colectiva editada por *Le Monde*<sup>27</sup>, a partir de un coloquio mantenido en Le Mans en 1990, en la que eminentes historiadores de la Antigüedad se interrogan sobre si esta última es moderna y sobre los múltiples modos e imágenes del pasado clásico inventadas —y reinventadas— por los europeos modernos. François Hartog<sup>28</sup>, por ejemplo, regresa a la dicotomía *libertad de los antiguos*, *libertad de los modernos*, esto es, entre libertad política y libertad civil, para explicar cómo la imitación —superflua e ilusoria— de las repúblicas antiguas

<sup>24</sup> *Republics Ancient and Modern, I. The Ancien Régime in Classical Greece*, Chapell Hill, 1994.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 178. Recuérdese que, en su glorificada obra *De la démocratie en Amérique* (1835-1840), Tocqueville afirmaba: «Siento una afición racional por las instituciones democráticas, pero soy aristócrata por instinto, es decir, desprecio y temo a la masa. Amo con pasión la libertad, la legalidad, el respeto de los derechos, pero no la democracia. Esto es lo que siento en el fondo del alma. Odio la demagogia» y reconocía tener problemas para distinguir «lo que es democrático de lo que es revolucionario».

<sup>26</sup> «Δημοκρατία» (en p. 13).

<sup>27</sup> R.-P. Droit (ed.), *Les Grecs, les Romains et nous. L'Antiquité est-elle moderne?*, Paris, 1991.

<sup>28</sup> «Liberté des Anciens, liberté des Modernes: la Révolution Française et l'Antiquité», 119-138.

practicada por los revolucionarios franceses fue consistentemente contestada, con distintos argumentos y desde diversos puntos de vista, por termidorianos, ideólogos y liberales (Volney, Lévesque, Constant) y a la postre por Marx; por su parte, Nicole Loraux<sup>29</sup> reflexiona sobre la democracia ante el extranjero, ayer y hoy, para reafirmarse en la idea de que era preferible ser meteco en la Atenas clásica que inmigrante en la Francia de 1989 (admirable el modo en que desenmascara la sofisticada pero perversa estrategia del discurso racista de Mari-France Stirbois, diputada del Frente Nacional, ante la Asamblea Nacional el 2 de mayo de 1990, donde se declara heredera de Grecia en la discriminación del ciudadano).

Dentro del reciente homenaje a Claude Mossé, merece también recordatorio la reflexión de Hartog sobre el concepto de «fin de la democracia ateniense», en la que trasciende los sentidos temporal (322 a.C.) y espacial (final de una época) marcados por el conocido libro de la homenajeada, para examinar los usos que la tradición europea ha hecho tanto del término como del régimen<sup>30</sup>.

En lo que él mismo define como una «aproximación heterodoxa» a la historia política ateniense<sup>31</sup>, Stuart Dawson despoja al ordenamiento político ateniense de su carácter democrático —sobre todo en el siglo V— al propugnar que en realidad se sustentaba más en la *Boulé* que en la *Ekklesia* —la cual se reuniría esporádicamente y sólo para asuntos militares—, que no hubo en absoluto democracia directa y que fue la enormemente influyente *History of Greece* de George Grote, escrita entre 1846-1856, la responsable desde la época victoriana de esa «modernización intelectual» de la Atenas clásica, una imagen que, según el autor, no se ha superado ni con los avances de la historiografía más reciente, constreñida por una «empatía ideológica» hacia la misma que la ha convertido en objeto de culto. En verdad el cuadro de la Atenas democrática e imperial dibujado por Grote, que recordaba en gran medida al también democrático y naval imperio británico del XIX en el que creyó vivamente —desde su escaño en las filas *whigs* de la Cámara de los Comunes, como magistralmente nos enseñó Domingo Plácido<sup>32</sup>—, ha tenido una influen-

<sup>29</sup> «La démocratie à l'épreuve de l'étranger (Athènes, Paris)», 164-188.

<sup>30</sup> «Fin de la démocratie athénienne», en P. Schmitt Pantel, F. Polignac, *Athènes et la politique. Dans le sillage de Claude Mossé*, Paris, 2007, 311-329.

<sup>31</sup> *Rethinking Athenian Democracy. A Radical Reconstruction of Ancient Greek Democracy*, Melbourne, 2006.

<sup>32</sup> En «Nacionalismo, imperialismo y democracia: la *Historia de Grecia* de George Grote», *Revista de Occidente* 152, 1994, 25-36.

cia poderosa en la historiografía posterior, pero de ahí a decir que en la actualidad continúe mediatizándola...

En los últimos años el contraste entre democracia ateniense y democracia moderna aparece ligado, inevitablemente, a la cuestión, no menos polémica e ideologizada, del imperialismo. «Si può accettare, como elemento di una costituzione democratica, l'egemonia su paesi minori, non in basi ad una superiore forza ideale o morale, ma in base ad una forza effettiva?», se preguntaba Francesco De Martino en la clausura del ya citado *convegno* de Paestum, engarzando el diálogo de los melios tucidídeo con la política exterior estadounidense en los años 90. La veterana Claude Mossé ha sido sensible últimamente a este debate<sup>33</sup>. La académica francesa comentaba con preocupación los ensayos de un grupo de politólogos norteamericanos en torno a dicho tema, con Tucídides como punto de partida, y con Atenas como espejo de unos Estados Unidos que tras la caída del muro de Berlín y la descomposición de la antigua Unión Soviética ejercen como única potencia mundial (la obra es anterior al 11-S, con todo los cambios que ha provocado en la política exterior de la administración norteamericana)<sup>34</sup>. Tucídides no hace una defensa a ultranza del imperialismo, es una defensa en todo caso matizada. De un lado la hegemonía de Atenas ha permitido un considerable progreso material y el desarrollo de una brillante civilización, de otro el ejercicio de la *Machtpolitik* comporta peligros en cuanto puede vulnerar los derechos de los aliados o transgredir una serie de valores tradicionales. Mossé subraya la reflexión de los norteamericanos en cuanto a dónde están los límites de su imperialismo; tras la idea de llevar la democracia a todo el planeta, se ha buscado el poder y la riqueza mientras entraban en decadencia nociones como el honor, la justicia, la piedad hacia Dios. Ven necesario, por tanto, controlar la ambición de poder para no caer en la vorágine que engulló el imperio ateniense; podría decirse que la *polypragmosýne* (el dinamismo, la actividad) es buena, pero se puede incurrir en *hýbris*, en la soberbia; uno de los autores opone al Pericles de Tucídides, que dirige a las masas sabiendo vetar sus excesos, el Pericles de Sócrates (obviamente, a través de los ojos de Platón y de Jenofonte), el demagogo que ha hecho a sus conciudadanos peores de lo que eran; otro asegura que América

<sup>33</sup> Al que dedicó el artículo «Impérialisme et démocratie: une liaison dangereuse?», *Métis* 3, 2005, 365-373 (reimpreso en *D'Homère à Plutarque: Itinéraires historiques*, Bordeaux, 2007, 307-313).

<sup>34</sup> L. Gustafson (ed.), *Thucydides' Theory of International Relations: A Lasting Possession*, Baton Rouge, 2000.

puede caminar hacia una catástrofe con una política que desprecie «a Dios y al Bien» (*God and Good*), igual que primero Temístocles, luego Pericles y finalmente Alcibiades condujeron a Atenas al desastre final: discípulos de sofistas, asesinos de los dioses, «los atenienses han proyectado sus propios egos libidinosos al resto de la humanidad» (se evoca a tal fin la política de Bush Sr. en Irak y la de Clinton en Somalia, Haití y Bosnia). La obra de Tucídides es, según Nick Papas (p. 230), «un espléndido manual de campo para el suicidio nacional». La conclusión de estos análisis es la condena de toda política *realista* o de fuerza, de búsqueda insensata del poder (al que conducen las pasiones populares, las pasiones de la muchedumbre), en nombre de los valores tradicionales. En otras palabras, se postula, si no obviamente el aislacionismo, como el de Esparta tras las guerras médicas, sí cuando menos un imperio medurado.

Otro libro reciente, de un estudioso norteamericano de la Universidad de Boston, Loren J. Samons II, sustancia que los atenienses practicaban la democracia, lo que será finalmente catastrófico, pero los americanos la rinden culto, que aún es peor<sup>35</sup>. Samons también condena la política imperial de Atenas, que culmina con la guerra del Peloponeso, a la que se ve arrastrada por el *dêmos* y que se cerrará con la muerte de muchos ciudadanos, la pérdida del imperio y la caída de la democracia. Si no hubiera sido por un rey espartiatia (Pausanias), no habría habido ni Platón, ni Jenofonte, ni Isócrates. Hay, pues, una condena de la soberanía popular, pero más aún del abandono de los valores tradicionales, los de los Padres Fundadores de la nación americana; cabe recordar que en 1785 uno de ellos, Thomas Jefferson, escribía desde París: «Los cultivadores del suelo son los ciudadanos más valiosos; estimo que la clase de los artesanos es la fomentadora del vicio y de los instrumentos por los que las libertades de una nación son generalmente subvertidas» (el vínculo con la tierra propia, la dignidad que confiere trabajar la tierra propia). En la conclusión, Samons contrapone lo que estima dos escuelas de pensamiento acerca de la democracia ateniense: la de Pericles sería la «estadista», la que se sirve del *dêmos* para hacer al estado lo más poderoso posible y dominar a otros estados (lo que convierte a Pericles en «one of the most charismatic —and dangerous— leaders of the western History»); la de Sócrates sería «moral», y por supuesto la preferida por el autor, que en un reportaje de título sensacionalista

<sup>35</sup> *What's Wrong with Democracy? From Athenian Practice to American Worship*, Los Angeles, 2004.

destinado al Chanel Four de televisión, «Who Killed Socrates? The Thru about Democracy», y luego en un artículo más amplio en una revista especializada<sup>36</sup>, se queja de que los americanos de hoy hacen de la democracia, y particularmente de la votación, un fin en sí, no un medio para alcanzar otros objetivos, y de que se ha sobredimensionado el «republicanismo» ateniense —prefiere este término al de «democracia», pues según este autor utilizaron de una manera vaga y poco consciente este último, sin buscar tampoco su desarrollo—, pues valores como la libertad y la igualdad ante la ley fueron propios de los griegos en general y no sólo de Atenas o de la democracia: «en ocasiones uno tiene casi la impresión de que, independientemente de sus otras cualidades, los atenienses han venido a este mundo para darnos la democracia». Samons II imprime también su sello al recién aparecido *The Cambridge Companion to the Age of Pericles* (2007), del que es editor, y que en general pretende rebajar el tono de optimismo de quienes cuelgan a este período el cartel de edad de oro de la civilización en favor de un retrato de los atenienses como insaciables imperialistas y belicistas.

Pero quizá el libro que por su homogeneidad y sistematización ha tenido mayor impacto en la historiografía especializada, hasta el punto de convertirse en poco tiempo en un referente ineludible para el tema, ha sido el *Atenas a juicio* de Jennifer Tolbert Roberts<sup>37</sup>, que con buen pulso, algo de humor y escasos juicios de valor transita por toda la tradición antidemocrática en el pensamiento occidental desde el «experimento» ateniense mismo hasta mediados del siglo XIX, aunque también se asoma, más fugazmente, al último siglo y medio, cuando la balanza comenzaba a decantarse ya del lado de la democracia ateniense. A este respecto, Ian MacGregor Morris<sup>38</sup> ha destacado el aspecto paradójico de lo que él entiende como una notable aportación de los ilustrados «espartófilos» del siglo XVIII (Mably y Rousseau sobre todo) al proceso «purificador» del término democracia, pues, en su consideración de Esparta como una democracia auténtica, alejada de la oclocracia ateniense, habrían abierto el camino para que los liberales del XIX regeneraran, y a la vez redefinieran, este régimen político, purgándolo de los «excesos» de la masa y garantizando el éxito totalizador de nuestros días.

<sup>36</sup> «Democracy, Empire, and the Search for the Athenian Character», *Arion* 8.3, 2000/1, 128-157.

<sup>37</sup> *Athens on Trial. The Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Princeton, 1994.

<sup>38</sup> «The Paradigm of Democracy: Sparta in Enlightenment Thought», en T.J. Figueira (ed.), *Spartan Society*, London-Swansea, 2004, 339-362.

Saliendo del ámbito anglosajón, el prolífico —y polémico— Luciano Canfora arremete en su durísima *Critica della retorica democratica*<sup>39</sup>, con el juicio de Sócrates como punto de partida, contra la actual globalización, revestida de un manto democrático santificado que no sirve sino para ocultar la compra-venta del voto y el mercadeo político del sistema parlamentario, regido por elites sustentadas más en la riqueza que en la ideología, en suma, por timocracias (sin pelos en la lengua, y menos en la pluma, Canfora no duda en considerar un «pucherazo» la primera elección de Bush Jr. y proclama a los cuatro vientos la necesidad de un nuevo Marx y un nuevo Darwin). En otro libro muy reciente, el mismo autor parte de la premisa de que la democracia, hoy, es un mito<sup>40</sup>. Canfora escribe una historia del constitucionalismo europeo a través del nacimiento y consolidación del liberalismo y la democracia representativa; la Antigüedad es sólo un pretexto del que echa mano a voluntad, con la erudición, guste o no, que caracteriza a un autor polígrafo que no conoce barreras ni tabúes a la hora de moverse por un abigarrado espectro temático.

Aunque concebido e interpretado de manera bien distinta, el libro en el que Domenico Musti trazaba los orígenes de la idea de democracia, tenía también cabida en su último capítulo, el VII, para unas «reflexiones modernas sobre la democracia antigua», con un apartado para los siglos XIX y XX y otro para las orientaciones actuales (entre 1985 y 1994)<sup>41</sup>.

Para continuar con Italia, en 1995 se celebró un encuentro en la Università di Roma 2 «Tor Vergata» en torno *Alle radici della democrazia. Dalla «polis» al dibattito costituzionale contemporaneo*, de la ciudadanía ateniense al ciudadano europeo bajo los auspicios de Maastricht<sup>42</sup>. Entre ensayos sobre concepto, principios y elementos de la democracia ateniense por una parte y sobre la relación entre principio democrático y elementos constitucionales y jurídicos en las modernas democracias por otra, con una aportación incluso que enfrenta «Islam e democrazia» (M. Oliviero), el puente quizá lo tienda el *saggio* de Carmine Ampolo, quien, más allá de recordarnos las vivas discusiones sobre las democracias antiguas en algún momento clave de la historia con-

<sup>39</sup> Roma, 2002 (hay traducción española: *Critica de la retórica democrática*, Barcelona, Crítica, 2003).

<sup>40</sup> *Supra* n. 2.

<sup>41</sup> Demokratía. *Origini d'una idea*, Bari, 1997 (hay traducción española: *Demokratía. Orígenes de una idea*, Madrid, Alianza, 2000).

<sup>42</sup> Las actas, con el mismo título y al cuidado de Antonio D'Atena y Eugenio Lanzillotta, verían la luz tres años más tarde en Roma.

temporánea, como la génesis de la república de Weimar —con el gran historiador Friedrich Meinecke como testigo de excepción—, señala y ahonda en los vínculos entre el estudio de la democracia ateniense y los problemas relacionados con la formación de la historiografía moderna sobre la antigua Grecia (aplicándolo a varios casos, desde el siglo XVI al XX)<sup>43</sup>. Ampolo se encontraba por entonces trabajando en lo que habría de ser un bello libro sobre esta última<sup>44</sup>, en el que, pese a no tener ni el objetivo ni la intención de abordar las distintas vías de comparación entre democracia griega y democracia moderna, dicho tema inevitablemente estaba muy presente, se iba destilando a cada paso, en la medida en que la historiografía moderna sobre el mundo griego, con Atenas como elemento nuclear, se fue construyendo obviamente en su propio contexto geopolítico.

Otra monografía proveniente de un *convegno* internacional, en concreto del mantenido en Chieti del 9 al 11 de abril de 2003 bajo la batuta de Umberto Bultrighini<sup>45</sup>, dedicaba la *tavola rotonda* del tercer día al tema «Democrazia e antidemocrazia. Teorie e modelli di comportamento degli antichi e dei moderni», con la participación, *inter alia*, de Domenico Musti, Edmond Lévy, Giuseppe Cambiano o Emma Luppino, complementadas por exposiciones más amplias de Giulio Lucchetta en torno a «Venezia, la nuova Atene» o de Stefano Trinchese sobre «Democrazia e antidemocrazia nella storia del '900».

En el país vecino cabe recordar la obra de José Antonio Dabdab Trabulsi<sup>46</sup>, marcado por la visión y el compromiso social de los estudios salidos de la Universidad del Franco Condado en Besançon, que contribuye al debate contemporáneo sobre la democracia preocupado por el déficit participativo y reclamando una mayor vinculación entre mundo antiguo y mundo actual, en el contexto de los cuales el autor, en la línea de su *Essai sur la mobilisation politique dans la Grèce ancienne* (1991), ve fundamental que el individuo recupere el control del ágora a fin de que las libertades conquistadas no se vean amenazadas.

Para ir concluyendo nos gustaría apelar a una palabra del título que encaje este trabajo: derivaciones, que no se refiere exclusivamente a las propias del debate entre democracia antigua y democracia moderna, sino también a

<sup>43</sup> «Democrazia classica e pensiero storico moderno», 69-81.

<sup>44</sup> *Storie greche. La formazione della moderna storiografia sugli antichi Greci*, Torino, 1997.

<sup>45</sup> *Democrazia e antidemocrazia nel mondo greco*, Alessandria, 2005, esp. 395-444.

<sup>46</sup> *Participation directe et démocratie grecque. Une histoire exemplaire?*, Besançon, 2006.

las de los propios estudiosos, algunos de los cuales acaban por adaptarse e incluso alimentar una forma de pensar arraigada últimamente en una parte significativa de la opinión pública norteamericana. Es el caso por ejemplo de Victor Davis Hanson, que cierra de esta guisa triunfal lo que pretende ser un estudio de la guerra desde Salamina a Vietnam en el contexto de lo que él percibe como un eterno enfrentamiento entre Oriente y Occidente:

«La civilización occidental ha dado a la humanidad el único sistema económico que funciona [el capitalismo], una tradición racionalista que por sí sola nos permite el progreso material y tecnológico, la única estructura política que garantiza la libertad del individuo [la democracia], un sistema ético y una religión que extraen lo mejor de la humanidad, y la guerra más letal que sea posible concebir [en los griegos hundiría sus raíces *The Western Way of War*, el libro con el que Hanson se dio a conocer hace dos décadas]»<sup>47</sup>.

Como denuncia el gran estudioso británico Peter John Rhodes, «cuando se buscan lecciones para el mundo de hoy en la antigua Grecia, se corre el riesgo de encontrar lo que se quiere encontrar más bien que lo que había en realidad»; por eso afirma creer que «la Historia es más útil cuando no trata de ser conscientemente útil»<sup>48</sup>. Dicho de otra forma, ahora en palabras de Carmine Ampolo: «la libertad y la democracia de los antiguos se estudia sobre documentos, textos y monumentos, pero el impulso para reexaminarlas y las lentes que nos permiten verlas mejor, o por el contrario las deforman, las aporta siempre el presente»<sup>49</sup>.

<sup>47</sup> La traducción española del libro, *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, (Madrid-México D.F, Turner-FCE, 2004; citamos de la p. 501), ha perdido la parte quizá más explosiva del título original: *Why the West Has Won* (London, 2001). No puede extrañar que Hanson dejara un tanto de lado sus actividades académicas para privilegiar su faceta de analista militar y político —que le reporta pingües beneficios, todo hay que decirlo—, al servicio de la administración Bush y de una línea de acción dura en Irak, Afganistán, Irán y en general todo el Oriente Medio.

<sup>48</sup> *Ancient Democracy and Modern Ideology*, London, 2003, 89-90.

<sup>49</sup> *Supra* n. 43, 79.